



@RúklemanSoto

- **Capriles quiere ser capitán** para que no se hunda el barco
- **Cada vez que escucha la palabra Monómeros,** Manuel Rosales saca la cartera

- **Los Rastrojos** se quedaron esperando a Juan Guaidó en la frontera



ESPECULADORES MAYORES

Roberto Malaver | @robertomalaver
Carola Chávez | @tongorocho

ESPECULADOR GRÁFICO

Arturo Casal

ESPECULADORA CORRECTORA

Laura Nazoa

A VECES ESPECULAN

Torcuato Silva, Iván Lira, Eneko, Fredy Salazar, Clemente Boia, Armando Carías, Clodovaldo Hernández, Luis Britto García, Isaías Rodríguez, Gustavo Rafael Rodríguez, Emigdio Malaver G., Rúkleman Soto, Earle Herrera, Augusto Hernández.

...y otros que están acaparados



ESPECULADOR SIN HONORARIOS

Guillermo Zuloaga

Nota: Nada ni nadie se hace responsable por los conceptos que no están emitidos en esta publicación. Ley de impuesto contra el cigarrillo.

¡EL OSO RUSO ES PELIGROSO, APENAS LO AGREDEN Y YA QUIERE DEFENDERSE!



▼ **Cuando leyó en la prensa que Italia devolvía a Venezuela pieza arqueológica de más de tres mil años, dijo: “Nos están devolviendo a Ramos Allup”**

El autocrítico optimista

Armando Carías armandocarias@gmail.com

—Doctor —expuso el paciente al psiquiatra— mi problema es que por más que me esmero por ser autocrítico ante la gestión gubernamental, no le encuentro la más mínima falla a nada.

El psiquiatra saboreó la pipa que todo psiquiatra utiliza para lucir reflexivo y sentenció: “afirma usted que no le ve fallas a la acción de gobierno... hableme de eso...”.

—Bueno, doctor, en este país todo el mundo se la pasa en una sola quejadera: “que si la seguridad, que si los hospitales, que si el dinero, que si la matraca, que si la vialidad...”.

—¿Y usted qué piensa de todo eso?

—Yo reconozco cuando las cosas no funcionan, por eso soy autocrítico. Pero también les veo su lado bueno.

—Explíquese —insistió el doctor.

—El Metro, por ejemplo —respondió el autocrítico optimista— aunque lo están arreglando, la mayoría de las escaleras mecánicas no funcionan. Pero para mí eso es bueno, ya que nos obliga a hacer ejercicio.

—Mencionó la vialidad, los huecos en las calles, los semáforos que no funcionan. ¿Qué tiene eso de bueno?

—Los huecos y los semáforos dañados nos

enseñan a ser mejores conductores. ¿Usted sabe la habilidad que hay que tener para esquivar un cráter de esos a cien kilómetros por hora y para cruzar una avenida con todos los semáforos malos? Gracias a eso los venezolanos somos los mejores pilotos del mundo.

—También se refirió a la matraca...

—A mí cada vez que voy a sacar algún documento, si el funcionario me solicita “una pequeña colaboración”, yo con gusto se la doy.

—¿No le parece que eso es corrupción?

—¡Claro que lo es!

—¿Y dónde está el lado bueno de eso?

—Ese modesto aporte que yo le hago al funcionario que me matraquea, sumado al de los miles de compatriotas que también son matraqueados a diario, moviliza la economía y eleva el nivel de vida de la familia de ese humilde servidor público. Eso es bueno.

—Bien. Se terminó la consulta. Son 500 dólares.

—¿Tan poquito, doctor?

—Eso es lo que cobro aquí porque este es un hospital público y lo atendí sin hacer cola. Mi consulta privada es más costosa.

—¡Es lo justo, doctor!

¡Muchas gracias!



De cómo un gordo malasio corrompió a los angelitos de la US Navy

Clodovaldo Hernández @clodoher

Los guionistas contratados de urgencia por la pandilla gringa (el Estado profundo, le dicen los más decentes) deben hacer a toda prisa una película, serie o miniserie para contar el cuento de un gordo malasio que corrompió a los honestísimos oficiales de la US Navy.

En esta *story*, ningún marino estadounidense había osado jamás aceptar un soborno ni mucho menos permitir que los contratistas de la industria militar le pagaran lujos y juergas. Todo era blanquísimo como sus uniformes hasta que apareció el malvado malasio.

No es tan difícil montar el guion, pues el maluco malasio, además, es gordo y tiene pinta de latino, así que es el perfecto estereotipo del corrupto de película o serie gringa, en la que los villanos si no son mexicanos o colombianos, son chinos, árabes o de la mafia rusa.

El malévolo malasio gordo, para engatusar a los impolutos marineros estadounidenses no dudó en utilizar recursos tan bajos como montar orgías con chicas que –dicho sea de paso– no estaban nada malasias.

En *Fat Leonard*, que así se llamará esta superproducción, al perverso hombre lo capturaron en Venezuela, lo que le da al asunto un giro típico del cine y la TV imperial: parte de los hechos deben ocurrir en un sórdido rincón del tercer mundo.

La película, serie o miniserie ha de terminar con una inteligentísima operación de extracción del maluco malasio y luego un bombardeo humanitario. Y conste que no es *spoiler*. Es que esos gringos –¡malaya sean!– siempre echan el mismo cuento.

▼ **El lunes 3 comienzan las clases y todavía Manuel Rosales no tiene los útiles escolares**



■ ESPIN(A)ELA

23 involucrados en Monómeros están a quienes acusarán por corruptos comprobados. Aunque visto lo anunciado, y por lo que se detalló, el pueblo ya se fijó que por el robo del queso, hasta el portero va a ir preso menos el tal Juan Guaidó.

E.M.G.

■ DECÍ MÁS

Caracas II

Que no lo digan muy duro lo de nuestra capital porque puede molestar a ese opositor a juro. Político sin futuro que comete ese desliz, y se siente un infeliz por esto que está pasando, y sigue siempre deseando el mal a nuestro país.

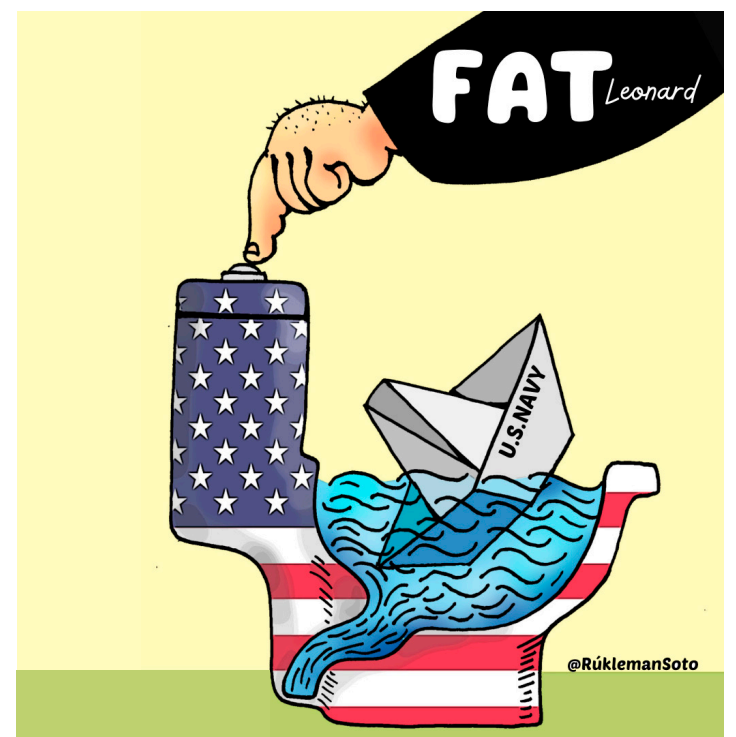
G. R. M.

▼ **“Olvídense del yo y el súper yo, aquí el único soy yo”.**
Capriles



IVAN LIRA

▼ **Antes de que Venezuela enviara a Monómeros toneladas de urea, ya la oposición se había robado toneladas de dinero**





La oculta victoria | Luis Britto García

De no explicarlo yo, nadie entendería mi genio militar, por lo tanto, en estas memorias, lo explico. El objetivo de la guerra, según Clausewitz, consiste en imponer nuestra voluntad al enemigo. Sus discípulos han variado infinitamente sobre el tema: para ellos, nuestra voluntad se impone al enemigo mediante nuestra victoria; este se doblega ante ella únicamente en la derrota. Solo yo me he atrevido a variar los términos, aparentemente incontestables, de esta ecuación estúpida. Solo yo he conducido a mi pueblo a imponer su voluntad no obstante la certeza —la necesidad, diría— de la derrota. Derrochado inútilmente contra un enemigo imbatible, dirán los historiadores. Pero no. Derrochado, no. E inútilmente, menos. Lo afirmo ahora, mientras el fuego calcina sus cuerpos inanimados.

¿Cuántos seres humanos es lícito sacrificar a la consecución de un objetivo? Las respuestas de los

tratadistas son inconsistentes. Para ellos, si el pueblo consta de doscientos millones, el sacrificio de cincuenta millones parecerá razonable. Pero si el pueblo consta de cincuenta millones, entonces el sacrificio de esa cantidad resulta excesivo. Yo no veo que estas consideraciones modifiquen en manera alguna los factores objetivos de la situación. Los pueblos existen, pero se cuentan hombre a hombre, y el objetivo que justifica la muerte de un solo ser, automáticamente justifica la muerte de todos, y esto es lógico, e irrefutable. Si la cifra de sacrificios que requiere un objetivo militar iguala a la cifra de integrantes de una nación, y si ese objetivo es deseable, ello no es óbice para que la guerra sea.

Y la guerra ha sido. No para derrotar a la gran potencia, nuestro adversario. No podíamos. Lo sabía perfectamente yo, que observaba el progreso de la guerra como el de una enfermedad incurable. Lo sé ahora, cuando las

tropas de ocupación escudriñan las ruinas de mi pueblo aniquilado.

Pero. Pero. Para aplastarnos, la gran potencia ha debido recurrir a fondo a sus militares. Entregarse a ellos, gozar en su eficiencia, hasta el punto de fascinarse y confundir esa eficiencia con un objetivo, el arte de matar con una manera de vivir.

Para aplastarnos, la gran potencia se ha convertido en un ejército, y toda sociedad que se convierte en un ejército se devora a sí misma y muere.

Nunca, nunca, una tan vasta victoria con tan escasas fuerzas. Lo digo yo, vencido, escuchando el crepitar de los incendios de mi derrota, que es también la anticipada derrota y crepúsculo del enemigo

Reclamo la corona de los vencedores. Reclamo la corona de los vencedores. Yo, el último viviente de mi pueblo. Reclamo la corona de los vencedores.

▼ *Antes de declarar contra Venezuela, el presidente de Paraguay debe pagarle lo que le debe*

▼ *Calderón Berti debe viajar a España a explicarle a Leopoldo López lo que pasó en Monómeros*

